



De varios virus (en Francia)

Yann Tholoniati

► To cite this version:

| Yann Tholoniati. De varios virus (en Francia). En la lupa, 2020. hal-02931917

HAL Id: hal-02931917

<https://hal.univ-lorraine.fr/hal-02931917>

Submitted on 7 Sep 2020

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

Yann Tholoniati - “De varios virus (en Francia)”. *En la lupa* (e-revista, Querétaro, México). En ligne : <https://www.enlalupa.com/2020/05/19/de-varios-virus-en-francia-yann-tholoniati/>

***En la lupa* / Yann Tholoniati - “De varios virus (en Francia)”**

La crisis causada por el Covid-19 nos une a nivel mundial a pesar de las distintas maneras de vivirla. Vivo en Estrasburgo, en Francia, y voy a contarles como he vivido estas últimas semanas. Desde mi región, Alsacia, mi impresión fue que el coronavirus no vino sólo: fue anunciado por dos otros virus. Todo empezó, diría, por un virus lingüístico. Unas palabras raramente empleadas – “coronavirus”, “pandemia”, “confinamiento” – empezaron a difundirse en la sociedad. En febrero, el fenómeno, de murmullo, se convirtió en una palabra ensordecedora, machacada en cada entrevista o tópico en la televisión y la radio, en cada “post” en las redes sociales. De marginal – una palabra oída de paso en una conversación en la acera, o dentro del bus – “coronavirus” floreció paulatinamente en todos los labios de todas la bocas de Francia. Y un día, sorprendí a mi propia boca pronunciando aquellas sílabas tan nuevas, tan raras hacía poco, y aún casi exóticas, y poco a poco participé también en el coro que se preguntaba lo que iba a pasar...

A partir de aquel momento surgió lo que nombraría el segundo virus: el miedo, o más bien, el pánico. Cada uno medía el peligro en proporción a su propio miedo. Así, a principios de marzo, cuando otras palabras acompañaban entonces a “coronavirus” en el aire – “Covid-19”, “pandemia”, “epidemiología” y, sobre todo, “confinamiento” – hubo un movimiento extraordinario de gran parte de la población francesa en dirección de... ¡los rollos de papel higiénico! La penuria de éstos – y de la pasta, de repente, en los grandes almacenes – aumentó el pánico. La ola social causó otras penurias, que también tomaron formas lingüísticas de palabras raras: gel antibacterial o hidroalcohólico, tapabocas o mascarillas.

Las máscaras, en nuestra sociedad francesa, tienen una antigua tradición de estar asociadas con el teatro, con los espectáculos. Se piensa que son oriundas de Italia, del carnaval de Venecia, y que las máscaras acompañan momentos felices de relajamiento, y que prosperan en las fiestas sociales – todo lo contrario de lo que traía consigo el coronavirus. Pero en Francia, la crisis, en sus varias manifestaciones, apareció como la mezcla inseparable de lo trágico y de lo cómico, hasta lo grotesco, como lo mostró esa penuria nacional de papel higiénico en vistas de curar una enfermedad parecida a una neumonía.

Sobre la escena nacional, el gobierno francés se arriesgó a proponer a sus ciudadanos, para su mayor vergüenza, una gran comedia con momentos burlescos. En enero, la Ministra de la Salud nos aseguró que el virus iba a quedarse en Wuhan. En febrero, ella dimitió, pero el motivo no era la llegada del virus, sino un problema interno al partido del presidente : el candidato oficial de su partido a la alcaldía de París acababa de dimitir porque una de sus admiradoras había difundido un vídeo de él masturbándose. (¿Quién había rodado y enviado el vídeo inicialmente? El propio candidato.) La Ministra se propuso como candidata para la capital, y un nuevo ministro aseguró que Francia estaba lista para acoger la pandemia, y no era necesario cerrar las escuelas. En tales circunstancias políticas, y a pesar del creciente rumor, el 4 de marzo, la pareja presidencial se mostró en público de camino al teatro, con aquel mensaje a la población: “la vida continúa, no hay que modificar nuestros comportamientos”. En una entrevista televisiva, el Ministro de Educación Nacional se mofó

de los que decían que, al llegar el coronavirus, era necesario cerrar las escuelas. La Secretaria de Estado y portavoz del gobierno se hizo eco de esas declaraciones, y añadió, cuando un periodista le puso una pregunta a propósito de la ausencia de tapabocas en las farmacias: “las mascarillas son inútiles. Yo, por ejemplo, aunque soy ministra, no traigo uno. Además, es muy difícil colocársela bien, porque es algo muy técnico”... Así fue el prólogo cómico-burlesco.

Pero sólo dos días después, ¡catapún! el presidente Macron anunció que las escuelas, liceos y universidades tenían que cerrar inmediatamente: “los jóvenes, aun sin síntomas, pueden contagiar a las personas mayores, más débiles”. Poco después, el presidente anunciaba que cada uno tenía que aislarse en su hogar: empezaba el confinamiento. Surgió otro problema político. El domingo que seguía el anuncio del cierre de los edificios de enseñanza, estaban previstas elecciones municipales. Contra el aviso del Consejo de la Salud, el presidente Macron y su gobierno animaron a los ciudadanos a votar. Las órdenes contradictorias – “Vayan a votar”, “Quédense en casa” resultaron en un fracaso total de las elecciones municipales. Hubo muy poca participación, se canceló la segunda vuelta (pospuesta hasta septiembre), y se contagiaron muchas personas que participaron. Al mismo tiempo, se intensificó la cacofonía gubernamental. Casi cada día, enunciaban los ministros contradicciones. Cuando el Ministro de la Salud entonaba el lema : “¡Quédate en casa!”, la Ministra del Trabajo recomendaba: “¡Andáte a trabajar!” El Ministro de la Salud mismo cambiaba de canto, pasando del mantra “estamos listos, tenemos mascarillas y respiradores artificiales” a “no estamos listos, no tenemos mascarillas ni respiradores artificiales”, frente a la Cámara de los diputados. Con aquella comedia política al mayor nivel nacional, se difundieron muchas bromas sobre los miembros del gobierno, y circularon videos sobre como fabricarse tapabocas artesanales con calzoncillos o sujetadores.

Ahora, más allá de la comedia nacional, está difundiéndose otro virus, con consecuencias aún lejanas y oscuras. El último virus, que probablemente va a permanecer mucho tiempo después de la enfermedad propia, es el virus de los comportamientos frente a ella. No me refiero solamente de los gestos higiénicos como lavarse las manos, como andar y hablar con una mascarilla estirada a través de la cara, como mantener una distancia física visible para con los demás; me refiero a ese virus de sospecha generalizada, no solamente para con los demás, sino también para consigo mismo: “¿no es que estoy demasiado próximo? No quiero contagiar a esta persona y quiero que ella lo sepa...” Para nuestras culturas latinas, donde darse un beso en la mejilla, estrecharse las manos y abrazarse son gestos tan comunes como importantes para platicar y manifestar nuestros sentimientos, parece que tendremos que aprender nuevos gestos para seguir expresando nuestras emociones fraternales...

En este momento de transición que designamos con el neologismo de “desconfinamiento”, las contradicciones en Francia siguen manifestándose : se pueden utilizar tapabocas artesanales, pero no sirven para nada. Abren los almacenes de nuevo, pero no todos ; los restaurantes y salas de cines quedan cerrados, pero abren las escuelas. Podemos circular, pero no viajar. Hay que mantener una distancia física en en los transportes públicos, pero ya no hay espacio suficiente para todos en los transportes públicos en la hora punta. En la capital de Bogotá, el bus Transmilenio ha sido renombrado “el Transmi-lleño” por los Bogoteños, así que los problemas de nosotros Franceses se encuentran a veces en otros países... Al fin y al cabo, entre tragedia y comedia, la vida continúa.